

Francisco A. Baldarena



**Cosa de Otro
Mundo**

textos.info
biblioteca digital abierta

Cosa de Otro Mundo

Francisco A. Baldarena

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7048

Título: Cosa de Otro Mundo

Autor: Francisco A. Baldarena

Etiquetas: cuento

Editor: Francisco A. Baldarena

Fecha de creación: 29 de octubre de 2021

Fecha de modificación: 10 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Cosa de Otro Mundo

El vendedor de enciclopedias entró a la cantina del club; había unas cinco o seis personas, se acercó al mostrador y le pidió al cantinero una cerveza.

–Cómo no –dijo el cantinero, apartando la vista de algo que parecía tenerlo preocupado.

El vendedor lo vio meterse por una puerta y fue a tomar asiento. Eligió una mesa al lado de una ventana que daba a la avenida, apoyó la valija donde llevaba las enciclopedias en una silla y se sentó en la que estaba junto a la ventana.

Un viejo, que tomaba un vermut en la mesa de al lado, lo saludó y luego de presentarse empezó a preguntar lo de siempre, de dónde era, qué hacía por el pueblo, etc.

–Aquí parece que es muy tranquilo –comentó el vendedor, cuando al viejo se le acabaron las preguntas. El viejo esbozó una sonrisa.

–A simple vista es lo que parece, pero las apariencias engañan, mi amigo –dijo el viejo y se quedó como esperando que el otro le hiciera la pregunta pertinente a lo que acababa de decir.

El vendedor miró a través de la vidriera. Una vieja pasaba con las compras; un hombre y un muchacho conversaban sentados en sillas de mimbre delante de la vidriera de la zapatería, en la esquina, frente al club; en la gomería, frente a la zapatería, el gomero ajustaba la rueda de un auto; y en la mueblería, frente a la gomería y el club, una parejita de novios miraba la vidriera. En fin, nada de anormal, afuera la vida parecía transcurrir como en cualquier pueblo del interior bonaerense. Pero al mirar en las mesas, el vendedor notó que todos, menos el viejo, miraban hacia una mesa en particular donde un joven parecía estar pasando mal.

–Mire –le dijo al viejo, señalando al joven que hacía arcadas sobre el

plato que tenía delante—. ¿Ese muchacho está pasando mal o es impresión mía?

El viejo se dio vuelta y le dio una mirada sin importancia.

—¡Bah! —dijo —Ese ahí es así todo el tiempo. Lo hace todo al revés porque ha encontrado la fórmula de revertir el paso del tiempo. En la voz del viejo, el vendedor creyó advertir un atisbo de orgullo.

En eso el cantinero llegó con la cerveza.

El vendedor tuvo la impresión de que el viejo le estaba tomando el pelo. Esto le ocurría a menudo; cada vez que llegaba a un pueblo, algún vivo de esos que nunca faltan, le salía con una sarta de mentiras; si no era la casa embrujada, era una muerta que se le aparecía a los parientes.

—Pero eso es imposible —respondió, no dejándose tomar por tonto, porque sabía que si le daba sogas, las mentiras del viejo charlatán tomarían tintes fantásticos.

—Eso mismo pensé yo hace veinte años, cuando el destino me trajo aquí —dijo el viejo—. Por aquel entonces él —señaló al muchacho—, tenía sesenta y dos años, y mírelo ahora, está como yo cuando recién llegué al pueblo. Y no piense que lo que le digo es puro grupo, aunque lo parezca, sin embargo, es la más pura verdad.

“¿Si no es grupo, qué es entonces?”

—Discúlpeme que discorde, señor, pero eso que usted está diciendo es científicamente imposible. No se puede volver en el tiempo, el tiempo es lineal, no se desanda, va hacia adelante siempre.

—Sí, eso todo el mundo lo sabe, pero incluso así, él ha conseguido revertir la cosa —insistió el viejo.

—Discúlpeme si insisto, dijo el vendedor. Pero creo que un hecho de tal magnitud, único en toda la historia de la humanidad, de ser verdadero, ya hubiera trascendido no solo los límites del pueblo, sino del país.

¿Y usted cree que eso mismo no lo pensé yo cuando me di cuenta del fenómeno? Pero acá estoy yo y más de la mitad de los habitantes del pueblo, cautivos, sin conseguir salir del pueblo para contarle al país y al

mundo el prodigio. Y mire que no solo yo, si no todos lo hemos intentado de todas las maneras imaginables, pero de verdad le digo, es imposible salir del pueblo. Porque cuando no es una cosa, es otra la que elimina todo escape posible. A veces hasta me parece cosa de otro mundo. Perdón, voy a mojar el garguero –dijo el viejo y después de un trago de vermut, siguió–. Como le decía, cuando no cae un rayo, los teléfonos no funcionan, o los vehículos se empaquetan cerca de la salida y solo vuelven a funcionar si se les da marcha atrás para pegar la vuelta; y de nada sirve querer salir caminando porque las calles se alargan y se alargan como un chicle infinito hasta que uno se cansa de caminar como si caminara sobre esos aparatos que hay en los gimnasios donde se camina sin salir nunca del mismo lugar. Mire, hace mucho hubo uno que se fabricó un par de alas y quiso salir volando tirándose de arriba de un silo, pero un vientazo repentino lo trajo de vuelta a la plaza céntrica, donde quedó enganchado del mástil, pero el hombre se llevó tal julepe que no volvió a intentar nada más. Y en otra ocasión hubo otro que cavó un túnel y cuando estaba a metros del límite del pueblo, casi muere soterrado cuando, según él, la tierra se volvió arena y no le fue más posible avanzar, sino retroceder antes de que fuera demasiado tarde y muriera enterrado vivo. Y como esas historias, el pueblo está lleno. Como puede ver, no queda otro remedio que quedarse en el pueblo.

Al vendedor de enciclopedias ya le habían tomado el pelo muchas veces y en muchos lugares, pero ese viejo se pasaba de vivo, y estaba por decirle algo cuando el viejo lo interrumpió.

–¡Observe, observe con atención! –dijo el viejo, señalando al muchacho que ya no hacía más arcadas, sino que forcejeaba con un sanguiche en la boca.

–¿Qué le pasa ahora?

–Está devolviendo el sanguiche, por partes, bocado a bocado. El vendedor estaba a punto de levantarse y dejar al viejo mentiroso hablando solo, pero en ese instante, el muchacho finalmente consiguió desprender el sanguiche, como si se lo hubiera metido entero dentro de la boca. Luego se puso de pie, agarró el plato con el sanguiche y un vaso con Coca y fue retrocediendo hacia el mostrador, donde al llegar se dio vuelta y se los pasó al cantinero. Después metió una mano en el bolsillo, sacó un cambio y lo puso sobre el mostrador. Ahí el cantinero agarró el cambio y le dio un billete de cien. El muchacho habló algo con el cantinero y empezó a

recular hasta la entrada, donde antes de salir, dijo:

–Sedrat saneub. Y, reculando siempre, salió del club, llegó hasta el cordón de la vereda, dio un saltito al asfalto, cruzó la calle hasta la otra vereda y a ella subió con otro saltito. Allí miró hacia los dos lados, como cerciorándose de que no venía ningún vehículo, y, finalmente, desapareció detrás de la pared de la mueblería de la esquina.

Entonces el viejo dijo:

–No le dije yo que hace todo al revés, hasta hablar de atrás para adelante.

–A mí me ha parecido que saludó en árabe –opinó el vendedor.

–No, no, se equivoca usted. Él ha dicho buenas tardes, pero de atrás para adelante –aclaró el viejo.

El vendedor pensó que ya había escuchado muchas mentiras en su vida, pero esa le ganaba a todas.

–Pero dígame una cosa, ¿por qué, por lo menos usted, no lo ha imitado, o es que le gusta envejecer?

–¿Por qué? Ya le muestro –dijo el viejo, entonces se paró, se dio vuelta, se levantó la camisa y dejó a la muestra una mancha oscura en la espalda–. Esto es de cuando reculando, acabé trastabillando en el cordón de una vereda y un chico que en ese momento pasaba en bicicleta para evitar el choque me empujó y acabé cayendo en el asfalto donde un camión que pasaba me arrastró como veinte metros y casi me mata. Y el viejo siguió mostrando cicatrices en los codos y las rodillas y los chichones en la cabeza que después de cuarenta años todavía estaban ahí.

Pero a pesar de las evidencias, que podían ser de cualquier otra cosa, el vendedor seguía creyendo que el viejo y el muchacho y el cantinero y los otros parroquianos que estaban en el club, estaban confabulados.

–Bueno, entonces yo le voy a demostrar lo contrario –dijo. De modo que se puso de pie, fue hasta el mostrador, pagó lo que debía y volvió caminando con determinación.

–Adiós –le dijo al viejo, cuando agarró la valija con las enciclopedias.

–Hasta luego –dijo el viejo, como si el otro se ausentara por poco tiempo.

El vendedor de enciclopedias fue directo a la terminal, a cuadra y media del club. Pero como la boletería estaba cerrada, se sentó en un banco a esperar un ómnibus. Una hora y media después, al no aparecer ninguno, ni boletero, ni nadie a quien pedirle información, se levantó y salió a la calle puteando a Dios y a María Santísima. Iría caminando hasta la ruta y allá tomaría una de las líneas de ómnibus que no entraban al pueblo.

Con un humor de perros, el vendedor volvió sobre sus pasos y cuando dobló en la avenida no pudo evitar mirar hacia el club antes de seguir hacia la ruta. El viejo, del otro lado de la ventana del club, lo saludó con una mano. Tuvo la intención de no devolverle el saludo, pero acabó saludándolo de mala gana mientras decía entre dientes:

–Vamos a ver si no salgo de acá, viejo bolacero.

A tres cuadras del club, de la nada, el cielo oscureció tenebrosamente, dando la impresión que se venía el fin del mundo.

–¿Pero de dónde salieron estas nubes? Y antes de llegar a la próxima esquina, un rayó derribó un árbol, obstruyendo el pasaje, y al instante, sin darle tiempo de atajarse con la valija, como un baldazo lleno de cubitos de hielo, una lluvia de granizo le llenó la cabeza y los hombros y la espalda de chichones.

–¡La puta madre! –gritó. Pero determinado a no darse por vencido y mucho menos darle la razón al viejo charlatán, saltó el árbol y, ahora sí, protegiéndose la cabeza con la valija, avanzó bajo el vendaval mientras esquivaba más árboles y más postes de alumbrado que eran derribados como muñecos bajo el bombardeo incesante de los rayos. Pero a las diez u once cuadras se dio cuenta de que a cada paso que daba, la avenida se alargaba deliberadamente, como una lengua negra y elástica, tal cual el viejo le había dicho. Aún así ni esto ni la valija que pesaba como si en lugar de enciclopedias ahora cargara piedras, fue suficiente para hacerlo desanimar.

–Yo le voy a demostrar a ese viejo mentiroso que sí puedo salir de este infierno. Y con férrea determinación se empeñó al máximo en llegar a la ruta, que como un espejismo en el desierto, nunca llegó a alcanzar.

Dos horas después estaba de regreso en el club, encharcado, dolorido y, sobre todo, derrotado. El viejo continuaba sentado en el mismo lugar.

Exhausto, se dejó caer como una bolsa de arena sobre la silla.

–¿Y ahora, qué? –le preguntó al viejo.

–Yo le recomiendo hacerse a la idea y arreglarse como pueda por aquí, ¿qué más? –respondió el viejo, dando de hombros.

Cosa de Otro Mundo by Francisco A. Baldarena is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

